

17/3/1974

PAN Y PRESTIGIO

LA celebridad que se ha conquistado la expresión de Quevedo «Poderoso Caballero es Don Dinero», es prueba inequívoca de su genialidad. Ya en el siglo XIV el Arcipreste de Hita, pensador español que no le va en zaga, ni en ingenio, ni en socarronería, en el celebrado poema «Enxiemplo de la Propiedad que'l Dinero ha», nos advirtió, entre otras cosas, que el dinero

«faze correr al coxo e al mundo fablar»

y que «el que no tiene manos, dyneros quier tomar». Si estos hechos tan portentosos hacia el dinero ya en la Edad Media, en nuestro siglo XX un dicho popular afirma que «por dinero baila el perro». Uno se queda pasmado ante estas propiedades tan sorprendentes del dinero. Parece, además, que el hombre —tal vez especialmente en estos tiempos que corren— sea incapaz de apreciar el valor real, el valor estético de algo o de alguien sin que el Poderoso Caballero Don Dinero dé su visto bueno. Así nadie duda que tal cuadro es una maravilla —aunque nadie comprenda ni sienta nada ante unos garbatos pintarrajeados que llevan un solemne título— si se sabe que se ha vendido por varios millones de pesetas.

El dinero se ha convertido en el último objetivo del pensar y del quehacer del hombre moderno occidental. Sin embargo, si analizamos detenidamente los hechos, observaremos que, a pesar de todas las apariencias, el hombre se interesa en el dinero, pero no como fin en sí —toda regla tiene excepción—, sino como medio.

El hombre —aún el hombre de la sociedad de consumo— es menos materialista de lo que se le pinta. Quiere más y más dinero para comprar y poseer toda una serie de bienes materiales. Estos bienes materiales le procuran un cierto confort material. ¿Solamente un confort material? Revisemos rápidamente algunos de estos bienes materiales y procuremos desentrañar todo el significado que encierran.

La vivienda cumple una función utilitaria de carácter físico: proteger al hombre de las inclemencias del tiempo y procurarle de la suerte un mayor confort material. Pero el tipo de vivienda que uno posee, además de cumplir una función pragmática, viene a significar simbólicamente la importancia, prestigio y posición social del que la habita en una determinada sociedad. Una sociedad reserva su mejor mansión o palacio al rey o primer ministro no solamente —y aún no tanto— por garantizarle una mayor comodidad de orden físico, sino para expresar simbólicamente la posición que ocupa como persona en el orden jerárquico de seres de la comunidad. El palacio, la gran mansión, el lujoso chalet, el gran piso, el pequeño piso, el mini-piso (o «pisín»), la chabola y la cueva, además de proporcionar una gama muy diversa de ventajas materiales, vienen a definir en un lenguaje simbólico el prestigio, importancia y «categoría» del morador en cuestión.

El hombre —y no digamos la mujer (incluso la de la «women's lib») — busca sí en el vestido una protección para su cuerpo —función pragmático-material—, pero, además —y aún sobre todo—, pretende definir simbólicamente el «status» social de su persona —significado simbólico-espiritual—. Los pesados atuendos que ha de soportar un rey no le proporcionan ningún alivio material —si no le hacen sudar la gota gorda—, pero definen simbólicamente su primer puesto en la jerarquía de miembros de una comunidad. Que un ciudadano cualquiera vista el atuendo real sería considerado como una ofensa o un acto de demencia. Lo que resalta una vez más el valor altamente simbólico del vestido para definir la posición y prestigio social

de un determinado individuo en el seno de una comunidad.

El trabajo tampoco se percibe de hecho como una mera institución utilitaria que aporta una serie de beneficios de orden material. El trabajo igualmente viene a afirmar en un lenguaje simbólico la «categoría» y posición social de un individuo en una determinada comunidad. Y aunque desde el punto de vista de la ética cristiana el verdadero prestigio confiere a cada uno no el tipo de

ser tanto una institución pragmática de orden económico, como un ritual que viene a afirmar y proclamar simbólicamente el valor e importancia de la clase que está clasificada como inferior. En efecto, una clase que se denomina como «alta» («upper, higher», en inglés) y «dirigente» («ruling», en inglés) presupone otra clase «baja» y «dirigida». En estos dos abjetivos el pensamiento popular apunta una vez más a los valores de corte espiritual que de verdad traen de cabeza al hom-

“En la práctica, las huelgas no consiguen a veces nada para los huelguistas, desde una perspectiva económica, ya que al arruinar una economía nacional —como las pasadas huelgas inglesas—, toda la nación se perjudica y los obreros son, naturalmente, los que más sienten un período de vacas flacas.” (En la imagen, mineros de Dodsworth en vísperas del paro nacional del mes de febrero.)



trabajo que profesa, sino el modo e intención con que lo ejecuta, en la práctica uno se siente más satisfecho al afirmar: «Mi padre es el director de la Real Academia», en vez de «mi padre es el portero de la Real Academia». De hecho el lenguaje popular, que encierra un verdadero tratado de antropología, expresa certeramente esta ideología popular que percibe el trabajo como una afirmación simbólica de una posición social. Así resulta muy significativo que para designar dónde trabaja alguien se pueda utilizar la expresión «estar colocado» o «tener un puesto» determinado. La «colocación» y el «puesto» aquí no se refieren en un sentido literal a un determinado lugar físico o geográfico, sino a un lugar simbólico-emocional: el que ocupa un individuo en la jerarquía espiritual de seres en una comunidad.

Las huelgas, en apariencia, serían una mera institución técnico-económica, fruto de una planificación de la razón cartesiana. Lo que se pide y se pretende conseguir es un aumento de salario o algún otro beneficio de carácter pragmático. Sin embargo, en la práctica las huelgas no consiguen a veces nada para los huelguistas, desde una perspectiva económica, ya que al arruinar una economía nacional —como las pasadas huelgas inglesas—, toda la nación se perjudica y los obreros son, naturalmente, los que más sienten un período de vacas flacas. Una interpretación utilitaria y materialista de las huelgas deja pasar por alto un aspecto profundo y no el menos importante. Además del espíritu capitalista del tener más, el espíritu espiritualista —valga la expresión— del «no ser menos» viene a ser uno de los resortes fundamentales que provoca estos conflictos laborales. Las huelgas, en efecto, vienen a

bre: «alto», es decir de mayor prestigio; «dirigente», es decir, de mayor poder. En definitiva una definición no de quién tiene más, sino de quién es más. Las huelgas apuntan explícitamente al tener —bien material—, pero solapadamente, aunque no menos efectivamente, al ser —bien espiritual—. En estos rituales se viene a proclamar el valor e importancia de un grupo de éstos clasificado como inferior. Durante la huelga toda la nación siente, al faltarle un servicio importante, v. g. el gas, la electricidad, transportes públicos, etc., lo que «significa» para toda la comunidad el trabajo de unos miembros de la comunidad catalogados como la clase «baja». Por otra parte, en estos rituales laborales los clasificados como clase «dirigida» vienen a proclamar que ellos también dirigen y toman parte en el gobierno de la res-publica. ¿En qué quedamos, se viene a proclamar ritualmente en las huelgas, demo-cracia (gobierno-del-pueblo) o clase «dirigente»? Aunque no oficialmente, en este largo período de gran quebranto económico y social, la pregunta que se formula a la luz del candil o de la vela en esta isla de la Gran Bretaña es: «lo que quieren demostrar los mineros es que ellos son los que gobiernan al país». Ahí está el nervio de la cuestión. Las huelgas —unas huelgas como las de Gran Bretaña— no pueden comprenderse bien, sin sopesar toda la importancia que tiene para el hombre —y hasta para un hombre como el inglés, que se cree ingenuamente pragmático y racional— el afirmarse una y mil veces quiétopulmente lo que él es: ¡no menos que nadie y más que cualquiera!

Ser o no ser. Esta es la cuestión.

José Antonio JAUREGUI